



Cervantes, Avellaneda y Barcelona: la «venganza de los ofendidos»

Enrique Suárez Figaredo
enriquesf@tiscali.es

RESUMEN:

Después de los artículos «Los 'sinónomos voluntarios': un reproche sin réplica posible» y «Suárez de Figueroa y el *Quijote* de Avellaneda», se analiza en este artículo si Cervantes creyó firmemente que fuese aragonés el autor del *Quijote* apócrifo. La conclusión es que fue castellano, y que él y Cervantes dirimieron en Barcelona la más seria de sus escaramuzas, resultando Avellaneda el peor parado. Cervantes se recreó en recordarle aquella derrota.

ABSTRACT:

After the articles «Los 'sinónomos voluntarios': un reproche sin réplica posible» and «Suárez de Figueroa y el *Quijote* de Avellaneda», the present writing analyzes whether Cervantes really believed that the author of the false *Quijote* had been born in Aragón. The conclusion is that was in fact a Castilian, and that himself and Cervantes fought in Barcelona the fiercest of their skirmishes, being Avellaneda the one that ended the worst. Cervantes took pleasure in reminding him of that fact.

I – Introducción

En varios lugares de la segunda parte del *Quijote* cervantino se nos habla de un autor «aragonés» para el *Quijote* apócrifo. Pero algo que no se escapará al lector atento es que eso nunca lo afirma Cervantes mismo, y que en las últimas páginas que pergeñó (cap. LXXIV, prólogo y dedicatoria) no las aprovechó para colocar allí su denuncia, donde habría sido de la mayor efectividad. Se diría, según esto, que Cervantes pudo haber cambiado de opinión al respecto, o que, cuando menos, dejó de estar cierto en ello.

Después de seguir el rastro que de este asunto quedó en el texto, creo que fue efectivamente así: Cervantes cambió de opinión —si es que no se trató de una cortina de humo—, y la estancia de don Quijote en Barcelona —donde está en juego algo más que el destino

del protagonista— constituye el punto de inflexión. Y como ha de empezarse por el principio, por ahí empezaré yo: por el primer cuaderno del libro, que contiene los «Preliminares», de acuerdo con la estricta legislación sobre libros vigente en Castilla.

II – Documentos y fechas

En la portada había de figurar obligatoriamente el nombre del impresor, lugar y año: «En..., por... Año...». A veces, la edición la financiaba el propio impresor: «En..., por... y a su cuenta. Año...». En los folios siguientes se incluía la Tasa (que establecía el precio de venta), la Fe o Testimonio de erratas (documentos que se extendían sobre el libro ya acabado) y otros documentos relativos a la obtención de la licencia para su impresión. La dedicatoria, el prólogo y los elogios recabados por el autor se incluían también en esas páginas, y normalmente no llevaban fecha. Para tomos en 4º, y si la dedicatoria y prólogo del autor eran breves, los preliminares solían ocupar un pliego (4 fols., 8 págs.).¹ Si así convenía por ahorrar papel, los documentos oficiales se abreviaban en una «Suma» de su contenido (con poco más que título y autor, nombre del firmante, lugar y fecha). Al prólogo «al lector» seguía el texto propiamente dicho, que comenzaba en el «Fol. I» del cuaderno signado «A».

El Consejo Real era quien extendía la Licencia² para imprimir el libro en base a las previas aprobaciones (censuras) civil y eclesiástica de su contenido. Normalmente, la eclesiástica («Aprobación del Ordinario») ocupa dos documentos, uno emitido por el censor en quien el superior delega la lectura del libro (que suele finalizar con un disciplinado «salvo mejor parecer» o expresión similar) y el otro extendido por dicho superior en base a la opinión del inferior.³ En muchos casos ambos se titulan «Aprobación», como en la segunda parte del *Quijote*.⁴

Una vez presentado el manuscrito al Consejo Real, el autor perdía —en teoría— el control sobre la criatura que deseaba imprimir. No estaba en su mano elegir los censores —bien podía darse el caso de resultar designado algún contrario suyo—,⁵ y, una vez auto-

1.- Lo establecía así la ley, que mandaba al «impresor... no imprima el principio y primer pliego dél..., hasta que antes y primero... esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho... primer pliego, en el cual... ponga esta nuestra Licencia y la Aprobación, Tasa y [Fe de] Erratas; ni lo podáis vender... vos ni otra persona alguna, hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha».

2.- En el reino de Castilla el «Privilegio [Real]» (a veces con título «El Rey») que se estampa en los preliminares contiene, al tiempo que la licencia para imprimir el libro, la reserva exclusiva de los derechos de autor durante un tiempo de varios años: lo pedido por el autor al presentar el libro al Consejo «o como la nuestra merced fuese». Por ello las aprobaciones de los censores suelen decir «Puédesele dar licencia para imprimirle».

3.- El proceso está perfectamente de manifiesto en los Preliminares de las *Novelas ejemplares* (Madrid, 1613, por Juan de la Cuesta). Se añade una Aprobación (por Salas Barbadillo) y Privilegio para el reino de Aragón.

4.- Por evitar confusiones, podríamos decir que el inferior se encarga de la «censura» y que el superior extiende la «aprobación».

5.- Joaquín Entrambasaguas, que consideraba a Suárez de Figueroa anti-lopista y promotor en la sombra de la *Spongia*, reproduce la aprobación civil del Fénix para la España defendida (Madrid, 1612): «He visto, por mandado de V. A. la *España defendida*, autor Cristóbal Suárez de Figueroa. No hay en ella cosa en ofensa de nuestra fe y buenas costumbres. Es lección agradable en estilo grandemente favorecido de la naturaleza (!) y del arte. Muestra erudición copiosa y deseo de la honra de nuestra nación, por que se merece que V. A. se la haga de la licencia que pide. En Madrid, a seis de abril de mil y seiscientos y doce. Lope de Vega Carpio» (*Una guerra literaria del siglo de oro*. Madrid: Tipografía de Archivos, 1932: p. 414, n. 227). Creía Entrambasaguas que Lope hubo de escribirla mal de su grado (por ello intercaló «!!»); y si bien es verdad

rizada la impresión del libro, debía respetar las tachaduras o modificaciones introducidas o sugeridas («cámbiese eso») por los censores⁶ y abstenerse de introducir cambios en el texto, ya que ello sería detectado por el Corrector Oficial, responsable de extender la Fe de erratas por contrastación de un ejemplar del libro contra

...el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado [en cada plana] y firmado al fin de... nuestro escribano de Cámara y uno de los que en él [el Consejo Real] residen... ,... antes y primero que se venda lo traigáis... juntamente con el dicho original,... o traigáis fe en pública forma como por Corretor por Nós nombrado se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original.

Era éste el momento más delicado de todo el proceso, por las repercusiones económicas que conllevaría el bloqueo de toda la tirada ya impresa.

Pero claro está que lo que se pretendía con la ley era impedir la difusión de libros cuyo contenido atentase contra la fe y las buenas costumbres, al tiempo que proteger la industria editorial de Castilla frente a la de los otros Reinos. La misión que Iglesia y Estado confiaban al Corrector «por Nós nombrado» no era advertir al lector sobre las erratas que el libro contuviese (centenares en los *Quijotes* de Cervantes): a menos que el autor tuviese antecedentes o se juzgase delicado el asunto del libro, éste entraba en la oficina por una puerta y salía por otra con un lacónico:

...no tiene cosa digna de notar que no corresponda con su original.⁷

Así, no era imposible que el autor introdujese correcciones y pequeñas modificaciones en el texto ya aprobado: nada tenía que temer en el caso de detectarlo el Corrector, en tanto que las juzgase inofensivas.

Tan estrictos trámites no siempre se cumplían al pie de la letra, en especial en la reediciones. Este tipo de triquiñuelas se advierten sin salir del *Quijote*: en la tercera edición de la primera parte (Madrid, 1608, por Juan de la Cuesta) la Fe de erratas es pero que muy sospechosa, y además se inserta una falsa Tasa, pues no es posible que Juan Gallo de Andrada supiese al firmar la de la primera edición «en Valladolid, a veinte días del mes de diciembre de mil y seiscientos y cuatro años» los pliegos de que constaría la tercera. Aquí se transgreden las condiciones estipuladas en el Privilegio, que, si bien no exigía nuevas aprobaciones:

...todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años, le traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fue visto..., para saber si la dicha impresión está conforme el original y... se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber... Fecha en Valladolid, a veinte y seis días del mes de setiembre de mil y seiscientos y cuatro años.

que hasta 1617 no se detecta rastro de conflicto entre ellos, causa extrañeza que siendo Bernardo del Carpio el héroe del poema nunca se lea ese apellido.

6.- Es posible que ejemplares de una primera edición no recojan alguna de esas alteraciones (por omitirla en la copia para imprenta), y sí las siguientes. Tal podría ser el caso del rosario del cap. XXVI de la primera parte del *Quijote*, fabricado con «una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando» (primera ed.), y con «unas agallas grandes de un alcornoque» (segunda ed.).

7.- Las muy completas listas que en algunos libros figuran en la Fe o Testimonio de las erratas podrían haber sido facilitadas por el impresor.

Por supuesto, no era imposible que, dotados de «el dicho primer pliego», se comercializasen en Castilla libros con licencia para el Reino, pero impresos en otro, *importados* sus pliegos por algún «mercader de libros». En el caso de imprimirse libros de intención perversa (sátiras, p. ej.), se falseaban los datos de la portada; y el nombre y ciudad del impresor o eran ficticios o correspondían a un impresor de otro reino, o, aun mejor, de otro país (Francia, en el caso de la *Spongia* y de la *Expostulatio Spongiae*, su réplica, impresa por Chevillot, «libraire juré de Troyes, en Champagne», y con Privilegio «signé par le Roy en son Conseil»). Estos libros circulaban de forma clandestina.

Así pues, para libros impresos en el reino de Castilla, puede calcularse con bastante aproximación cuándo el autor inició los trámites para conseguir la licencia (por la fecha de la primera de las aprobaciones) y cuándo se puso a la venta el libro (por la fecha de la Tasa). Más difícil resulta determinar cuándo comenzó la estampación del libro: puede calcularse por el número y tamaño (4º, 8º, etc.)⁸ de sus pliegos y la fecha de la Tasa, pero el tiempo invertido depende de cuántos recursos le dedicó el impresor (que podría haber pasado parte del trabajo a otra imprenta).

En el caso de los documentos contenidos en los preliminares (cuaderno signado «¶») de la continuación cervantina, todas las fechas son del año en curso (1615):

- Aprob. eclesiástica (por G. de Cetina): 5 de noviembre. (!!)
- Dedicatoria: 31 octubre.
- Tasa y Fe de erratas: 21 de octubre.
- Licencia y Privilegio para Castilla: 30 de marzo. Requiere la aprobación civil y eclesiástica:
 - o Aprob. civil (por Valdivielso): 17 de marzo.
 - o Censura de Márquez Torres para G. de Cetina: 27 de febrero.

Según esas fechas:

- Cervantes iniciaría los trámites en febrero de 1615.
- No parece posible se emitiese la Licencia faltando la aprobación eclesiástica, cuya fecha es anormalmente tardía. Quizá por extravío de la original, se pidió otra a Gutierre de Cetina un vez estampado el libro; quizá no se hizo tal gestión y el cajista, tras copiar la de otro libro, puso la fecha del día que se estampó el pliego.
- Por estar ocupada la imprenta de Cuesta o por voluntad de Robles o de Cervantes, el libro (280 fols. de texto en 4º: 70 pliegos, 140 formas o moldes) no quedó finalizado hasta 7 meses después de contar con la Licencia: la estampación debió iniciarse en julio.
- Por extravío de la original, por querer Cervantes redactar una nueva o por no haberlo hecho aún, la dedicatoria también es posterior a la estampación del libro.
- El libro comenzaría a circular a mediados de noviembre de 1615.

8.- En 8º, cada forma o molde llevado a la prensa contiene 8 págs., el doble que en 4º; pero, pues la forma contiene más texto, requiere mayor tiempo de composición y más tipos. Por ejemplo, el texto (sin poemas) de la primera parte del *Quijote* impresa en Valencia (1605, por Mey) ocupa 764 págs. en 8º, en tanto que la *princeps* impresa por Cuesta ocupa 627 págs. en 4º. Ello supone dividir el texto en $764/8 = 96$ formas de 8 págs. y en $627/4 = 157$ formas de 4 págs., respectivamente; de modo que la forma en 8º contiene ($157/96 = 1,64$) un 60% más de texto que la forma en 4º.

En la Corona de Aragón los trámites eran algo más simples que en Castilla. La licencia para que el *Quijote* de Avellaneda⁹ «se pueda imprimir y vender en este Arzobispado» de Tarragona lleva fecha de 4 de julio de 1614, y probablemente Francisco de Torme la extendió con el libro ya acabado.¹⁰ Un ejemplar caería en manos de Cervantes en agosto de 1614;¹¹ así que para darle la réplica en el texto de su *Segunda parte* dispuso, cuando menos, de:

- Seis meses hasta iniciar (febrero de 1615) los trámites de la publicación de su Segunda parte.
- Dos meses durante los trámites.
- Tres meses más, desde la obtención del Privilegio hasta iniciarse la estampación.

Y teniendo en cuenta las circunstancias del caso, no puede descartarse que Cervantes introdujese pequeños cambios durante la estampación. En otras palabras; dispuso de unos 14 meses (agosto 1614 – octubre 1615) para replicar a Avellaneda mediante modificaciones de lo que ya llevaba escrito. ¿Lo hizo?

Que Cervantes no redactaba linealmente sus libros es algo que ya nadie pone en discusión. Pero hay otro aspecto que se observa en él más manifiestamente que en otros autores: el movimiento de partes del texto. Pues de ello hay claras muestras en la primera parte del *Quijote*, es esperable que las haya en la continuación;¹² pero ahora esas cosas han de considerarse teniendo en cuenta la irrupción del *Quijote* de Avellaneda.

III - A Zaragoza

Desde el principio, Cervantes parece decidido a llevar a los protagonistas a Zaragoza, como había insinuado al final de la primera parte. Veamos los pasajes más significativos:

9.- SEGVNDO | TOMO DEL | INGENIOSO HIDALGO | DON QVIXOTE DE LA MANCHA, | que contiene su tercera salida: y es la | quinta parte de sus auenturas. | Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de | Auellaneda, natural de la Villa de | Tordesillas. | Al Alcalde, Regidores, y hidalgos, de la noble | villa del Argamesilla, patria feliz del hidal- | go Cauallero Don Quixote | de la Mancha. | [grabado de un jinete con arnés y lanza en ristre] | Con Licencia, En Tarragona en casa de Felipe | Roberto, Año 1614.

10.- La censura previa de Rafael Ortoneda es tres meses anterior y conviene recordar que la imprenta ocupaba locales cedidos por el Arzobispado de Tarragona, que sería su principal cliente. Se trata de un libro 282 fols. de texto en 8º: 35 pliegos, 70 formas.

11.- Se alude a él en la dedicatoria de las *Comedias y entremeses* (Madrid. 1615, por la Vda. de Alonso Martín), cuya Tasa es del 22 de setiembre: pero debió ocurrir a mediados de julio, de acuerdo con la fecha de la carta de Sancho a su esposa, fechada «Deste castillo [de los Duques], a veinte de julio 1614» (cap. xxxvi). Este es el momento en que Cervantes modifica drásticamente la cronología del relato, iniciado «casi un mes» después de finalizada la primera parte. Así lo plantea Martín de Riquer en *Cervantes en Barcelona* (Barcelona: Sirmio, 1989: pp. 31-9), y coincide con mi suposición de que la Licencia se extendió con el libro ya impreso.

12.- Por ejemplo las dos salidas del paje de los Duques con la carta de Sancho a Teresa Panza: «Y la Duquesa aquel día real y verdaderamente despachó a un paje suyo» (cap. XLVI); «y la Duquesa, prosiguiendo con su intención de burlarse y recibir pasatiempo con don Quijote, despachó al paje... a Teresa Panza su mujer» (L). También pueden detectarse curiosas repeticiones: «se puso a escribirla... como hacía Orbaneja...», al cual preguntándole qué pintaba, respondió: 'Lo que saliere.' Tal vez pintaba un gallo... tan mal parecido, que era menester que... escribiese junto a él: 'Éste es gallo'» (III); «seis dueñas... con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa» (LXIX); «todos... con valonas... con puntas de randas flamencas, y con unas vueltas de lo mismo, que les servían de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas» (LXX); «este pintor es como Orbaneja...», que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: 'Lo que saliere,' y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: 'Este es gallo,' porque no pensasen que era zorra» (LXXI).

...era su parecer que fuese al reino de Aragón y a la ciudad de *Zaragoza*, adonde de allí a pocos días se habían de hacer unas solenísimas justas por la fiesta de *San Jorge*, en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo (cap. IV);...volvieron a subir en sus bestias y siguieron el camino de *Zaragoza*, adonde pensaban llegar a tiempo que pudiesen hallarse en unas solenes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse (X); —Hasta que mi amo llegue a *Zaragoza*, le serviré; que después todos nos entenderemos» (XIII); »Don Quijote y Sancho volvieron a proseguir su camino de *Zaragoza*» (XIV);...aquella tierra... donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de *Zaragoza*, que era el de su derecha derrota» (XVIII); Y... después de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del río *Ebro* y todos aquellos contornos antes de entrar en la ciudad de *Zaragoza*, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí a las justas (XXVII); Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vio que decía desta manera: *Carta de Sancho... a Teresa Panza, su mujer... : así que, por una vía o por otra, tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé, como puede, y a mí me guarde para servirte. Deste castillo, a veinte de julio 1614. Tu marido el Gobernador, Sancho Panza* (XXXVI);...determinó de pedir licencia a los Duques para partirse a *Zaragoza*, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales fiestas se conquista (LII);...y volviendo las riendas a Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino a *Zaragoza* (LVII); —...digo que sustentaré dos días naturales, en mitad de ese camino real que va a *Zaragoza*, que estas señoras zagalas contrahechas... son las más hermosas doncellas... que hay en el mundo» (LVIII);...preguntaron al huésped si había posada; fueles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudiera hallar en *Zaragoza* (LIX).

IV – No: a Barcelona

Producido en el cap. XXXVI el salto cronológico del relato —imprescindible para poder referirse al *Quijote* apócrifo—, es aquí, en el cap. LIX, a quince del final, que se produce el drástico cambio en los planes de don Quijote. Durante la noche en la venta toma conocimiento del *Quijote* de Avellaneda, que le ponen en las manos don Juan y don Jerónimo (presumiblemente procedentes de Cataluña). Una lectura superficial basta a don Quijote para sospechar que Avellaneda sería «aragonés» y para manifestar su enojo:

—En esto poco que he visto he hallado... cosas en este autor dignas de reprehensión: la primera es algunas palabras que he leído en el prologo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos... —Se había de mandar que ninguno fuera osado a tratar de las cosas del gran don Quijote, si no fuese Cide Hamete su primer autor; bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado a retratarle sino Apeles. —Retrátame el que quisiere —dijo don Quijote—, pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias... Él lo daba por leído y lo confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase a noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído, pues de las cosas obscenas y torpes los

pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos. Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje; respondió que a *Zaragoza*, a hallarse en las justas del arnés que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba como don Quijote... se había hallado en ella en una sortija falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. —Por el mismo caso —respondió don Quijote— no pondré los pies en *Zaragoza*, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice. —Hará muy bien —dijo don Jerónimo—; y *otras justas hay en Barcelona* donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor.

El auténtico don Quijote de la Mancha acepta la proposición, y don Juan y don Jerónimo dan crédito a su opinión respecto al autor del libro:

—Así lo pienso hacer —dijo don Quijote—; y vuestras mercedes me den licencia, pues ya es hora para irme al lecho... Con esto se despidieron... don Quijote y Sancho..., dejando a don Juan y a don Jerónimo admirados...; y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos..., y no los que describía su autor aragonés.

En efecto, don Quijote abandona su primitiva intención y, «sin tocar en *Zaragoza*», se encamina a Barcelona. ¿Por qué Barcelona? Quizá por ser ciudad aun más importante que la elegida por Avellaneda, quizá por evitar tratos con «compatriotas» y favorecedores de su émulo, quizá por tener Cervantes buenos recuerdos personales de la capital del *Principat*:

Barcelona: archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, *venganza de los ofendidos*, y correspondencia grata de *firmes amistades*; y en sitio y en belleza, única.¹³

Sea como fuere, el bandolero catalán Perot Rocaguinarda dejará a don Quijote en la playa de Barcelona «víspera de San Juan, en la noche», donde, llegado el día, será calurosamente recibido por caballeros que conocen el *Quijote* apócrifo:

...salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir a *Barcelona* sin tocar en *Zaragoza*: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba (cap. LX);... —Bien sea venido... el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores... —Éstos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés recién impresa» (LXI).

Por segunda y última vez don Quijote considera «aragonés» a Avellaneda; y en esta ocasión (24 de junio) cuando su libro aún no había salido de las prensas de Felipe Roberto, pues la Licencia de impresión (si bien probablemente ya tirado el libro) es del 4 de julio. Y una cosa más: nunca se interesará por aquellas «otras justas» en que podía «mostrar su valor».

13.— El encendido elogio sugiere que Cervantes debió estar más que unos días en esa ciudad.

V - En la *Ciutat Comtal*

«Una mañana», pocos días después, será vencido don Quijote por Sansón Carrasco, alias «el Caballero de la Blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria», y obligado a retirarse a su aldea «un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado» (cap. LXIV).

Pero antes de eso, en el cap. LXII, recién llegado a Barcelona le suceden otras cosas no poco curiosas:

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse a lo honesto y afable. El cual... andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacase a plaza sus locuras... Lo primero que hizo fue sacarle... a un balcón... a vista de las gentes y de los muchachos que como a mona le miraban... Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando a don Quijote como a caballero andante, de lo cual hueco y pomposo, no cabía en sí de contento... Aquella tarde sacaron a pasear a don Quijote... vestido un balandrán de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo..., y en las espaldas... un pargamino donde le escribieron con letras grandes: 'Este es don Quijote de la Mancha'... y... admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían... Acaeciò, pues, que yendo don Quijote con el aplauso que se ha dicho, *un castellano... alzó la voz*, diciendo: —¡Válgate el Diablo por don Quijote de la Mancha! ¿Cómo que hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes a cuestras? Tú eres loco, y si lo fueras a solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos a cuantos te tratan y comunican; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, a tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. —Hermano —dijo don Antonio—, seguid vuestro camino y no deis consejos a quien no os los pide. El señor don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metáis donde no os llaman. —Pardiez, vuesa merced tiene razón —respondió el castellano—; que aconsejar a este buen hombre es dar coces contra el aguijón; pero, con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la *enhoramala* que vuesa merced dijo sea *para mí* y para todos mis descendientes *si de hoy más*, aunque viviese más años que Matusalén, *diere consejo a nadie*, aunque me lo pida. Apartose el *consejero*, siguió adelante el paseo; pero fue tanta la prisa que los muchachos y toda la gente tenía leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio... Llegó la noche, volviéronse a casa, hubo sarao de damas.

Es realmente curioso. Esa salida vespertina organizada por don Antonio, «amigo de holgarse», no tiene otro objeto que alardear de su nuevo juguete, rotulado al efecto. Pero cuando «un castellano... alzó la voz» contra don Quijote, don Antonio asume bravamente su defensa sin que el aludido intervenga en el incidente y —como si no fuera con él— ni siquiera lo comente. ¿A qué viene esto? ¿Qué necesidad tenía Cervantes de introducir, en

cuña, ese aparentemente irrelevante incidente? ¿Por qué era necesario que «sus criados... entretuviesen a Sancho, de modo que no le dejaran salir de casa»?

Pero, al día siguiente —aún en el cap. LXII— don Quijote protagonizará otro singular incidente:

Diole gana a don Quijote de pasear la ciudad a la llana y a pie, temiendo que si iba a caballo le habían de perseguir los mochachos; y... yendo por una calle... vio escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: 'Aquí se imprimen libros,' de lo que se contentó mucho, porque *hasta entonces no había visto emprenta alguna*.

Allí se encuentra con un autor que está supervisando las pruebas de su libro, de título original tan sugerente como *Le bagatele*. Resulta ser «un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad» que se gana la vida traduciendo libros italianos y que se encarga de todo el proceso, para obtener la mayor ganancia posible. Tras someterle don Quijote a un ridículo examen de sus conocimientos del «toscano idioma», le espetta con toda ironía:

—Osaré yo jurar... que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los *floridos ingenios* ni los *loables trabajos*... ¡Qué de ingenios arrinconados!... Pero... Me parece que... el traducir de lenguas fáciles *ni arguye ingenio ni elocución*... Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque *en otras cosas peores se podría ocupar el hombre* y que *menos provecho le trujesen*... Pero dígame vuesa merced: este libro ¿imprímese por su cuenta, o tiene ya o tiene ya vendido el privilegio a algún librero? —*Por mi cuenta*... —respondió el autor—, y pienso ganar mil ducados... con esta primera impresión... de dos mil cuerpos, y se han de despachar a seis reales cada uno en daca las pajas. —¡Bien está vuesa merced en la cuenta! —respondió don Quijote—. Bien parece que no sabe las *entradas y salidas de los impresores* y las correspondencias que hay de unos a otros. Pues ¿qué? —dijo el autor—. ¿Quiere vuesa merced que se le dé [mi libro] a un librero que me dé por el privilegio tres maravedís y aun piensa que me hace merced en dárme los? *Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama* en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: *provecho quiero*, que sin él no vale un cuatrín la buena fama. —Dios le dé a vuesa merced buena manderecha —respondió don Quijote.

Acto seguido, viendo casualmente un ejemplar de *Luz del alma*, don Quijote reflexiona:

Son menester infinitas luces para tantos *desalumbrados*. Pasó adelante y vio que... estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título, le respondieron... la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. —Ya yo tengo noticia deste libro —dijo don Quijote—, y... pensé que ya estaba quemado... por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como a cada puerco.

Como sucede con el incidente con el castellano reprimendón, este de la imprenta también es otra cuña. Leamos resumidamente qué sucede en esos dos primeros días de don Quijote en Barcelona (parte del cap. LXII y arranque del LXIII):

Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos...tratando a don Quijote como a caballero andante... Levantados los manteles, y tomando don

Antonio por la mano a don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa... sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce... Salieron del aposento... y fuéronse a la sala donde los demás caballeros estaban... *Aquella tarde* sacaron a pasear a don Quijote... *Llegó la noche*, volviéronse a casa, hubo sarao de damas, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó a otras sus amigas a que viniesen a honrar a su huésped y a gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenose espléndidamente y comenzose el sarao casi a las diez de la noche... *Otro día* le pareció a don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido a don Quijote en el baile, que *aquella propia noche* se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza... Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas. Pero... en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada... (*)... *Y aquel mismo día* ordenó don Antonio de llevarle a ver las galeras que en la playa estaban... Avisó... al cuatralbo de las galeras como *aquella tarde* había de llevar a verlas a su huésped el famoso don Quijote de la Mancha..., y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

Capítulo LXIII : De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca. Grandes eran los discursos que don Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza... En resolución, *aquella tarde* don Antonio Moreno su huésped, y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho fueron a las galeras...

Todo se lee bien y muestra buen orden. No falta otra cosa que la visita a la imprenta barcelonesa, que, ahora, bien se muestra como una cuña de texto insertada en (*).

Eso no constituye novedad alguna en Cervantes; pero recapitulemos: ¿qué sucede en la imprenta barcelonesa? Sucede que Cervantes satiriza a los traductores, personificados en un traductor de italiano y editor de sus libros, que prefiere los dineros al prestigio y que recibe sin rechistar el varapalo de don Quijote; sucede que se habla de las «entradas y salidas» de los impresores —¿qué podía saber de ello quien «hasta entonces no había visto emprenta alguna»?—, sucede que precisamente en esa imprenta se está imprimiendo... ¡el *Quijote* apócrifo! ¿Es casual todo esto? ¿Por qué Sancho no dice ni palabra, cuando debiera maravillarse ante «toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra».

Nótese también que el 25 de junio de 1614, que es cuando se produce esa visita a la imprenta barcelonesa,¹⁴ el *Quijote* de Avellaneda aún no había sido estampado por Felipe Roberto. Y menos aun puede pensarse que ya esté siendo objeto de una segunda edición. ¿Necesitaba Cervantes de todo eso para calificar de «impertinente» el libro de su émulo? Le bastó mucho menos para darlo por «necio» (cap. LIX).

Hay un momento, pues —después de llegar a Barcelona—, en que Cervantes parece haber abandonado la idea de que Avellaneda fuese aragonés; y ello se suma a inserciones en el texto con aberraciones cronológicas e intención satírica.

14.- Y, así, un mes antes de aquella carta de Sancho a su esposa (cap. XXXVI).

Podría afirmarse que Cervantes cambió totalmente de opinión, de no ser por la aventura de la resurrección de Altisidora (caps. LXIX y LXX), donde vuelve a leerse «aragónés». Pero dicha aventura probablemente ocurrió antes de donde finalmente la insertó Cervantes —por amenizar el largo viaje de retorno de los personajes—, y creo poder presentar una proposición atractiva y plausible, por muy cervantina.

VI - «El más raro y el más nuevo suceso... desta grande historia»

Cervantes ideó la aventura de la resurrección y «visión» de Altisidora para asumir de forma surrealista (al estilo de las visiones de don Quijote en la cueva de Montesinos) la existencia del *Quijote* de Avellaneda. Cuando don Quijote y Sancho, «enderezando su camino a Zaragoza», dejan una mañana el castillo de los Duques (cap. LVII) —y en él a la «desenvuelta y discreta Altisidora», perdidamente enamorada del caballero—, no saben que aún han de sufrir la última burla.

Sin recibir explicación alguna —fuera de unos «nombres llenos de vituperios que les ponían»—, «al declinar la tarde» serán arrastrados de nuevo al castillo por un grupo de hombres «muy a punto de guerra». Allí, «un hora casi de la noche», en un túmulo yace Altisidora, «muerta por la crueldad de don Quijote», que «para volver a la perdida luz» requiere —anuncia Minos— «la pena... que ha de pasar Sancho Panza, que está presente», que consiste —establece Radamanto— en «veinte y cuatro mamonas y doce pellizcos y seis alfilerazos». Resucitada Altisidora, recrimina a don Quijote que «por tu crueldad he estado en el otro mundo, a mi parecer, más de mil años», y en compensación promete a Sancho «seis camisas mías..., y si no son todas sanas, a lo menos, son todas limpias».

Al día siguiente, Altisidora «siguiendo el humor de sus señores... entró en el aposento de don Quijote» y le informa: «apretada, vencida y enamorada, pero... sufrida y honesta..., reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida. Dos días ha¹⁵ que... he estado muerta, o, a lo menos, juzgada por tal». También le cuenta una «visión» que sufrió durante ese tiempo. En ella, varios diablos pelotean con libros a las puertas del Infierno, uno de los cuales —y de los peores— era:

...la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas..., y yo, por haber oído nombrar a don Quijote, a quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta visión.

A tal revelación, la respuesta de don Quijote no sería exactamente la que se estampó en el cap. LXX, sino la parte sorprendida y timorata:

Visión debió de ser, sin duda, porque no hay otro yo en el mundo. (*) Yo no... soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá

15.— Aparte de que Altisidora puede decir lo que le parezca, pues todo es broma, quizá incluya el día en curso. Recuerdese lo dicho por el ama de don Quijote en ocasión de su primera escapada: «Tres días ha que no parecen él ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza ni las armas» (cap. v).

siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino.¹⁶

Obsérvese también que en los caps. LVIII y LIX, que siguen a la salida del castillo de los Duques, hay algún que otro descabro en el hilo argumental:

Cuando don Quijote y Sancho dejan el castillo —salieron a media mañana— «habiendo andado poco más de una legua», encuentran a los portadores de imágenes, éstos están comiendo. Cuando entrándose «por una selva que fuera del camino real estaba» encuentran la Arcadia fingida, también hay una comida en unas mesas «ricas, abundantes y limpias». En esto se descubren «por el camino muchedumbre de hombres de a caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando... de tropel y a gran priesa» —podrían ser los hombres del Duque—. Don Quijote y Sancho son pisoteados por una vacada de toros bravos. Continuando su camino, descansan y acuden «a la repostería de sus alforjas» junto a «una fuente clara y limpia que entre una arboleda hallaron», y a continuación «echáronse a dormir [la siesta] entrambos». Luego pasarán la noche en la venta «que una legua de allí se descubría» en que don Juan y don Jerónimo le pondrán en las manos el libro de Avellaneda. ¡Tres comidas en un día!¹⁷

No creo que sea casual que en el cap. LXVIII —justo antes de ser capturados por los hombres del Duque, con «lanzas y adargas y... a punto de guerra»— don Quijote y Sancho sean pisoteados por una piara de «más de seiscientos puercos».¹⁸ Curiosamente, en el cap. LIX don Quijote protestaba de haberse visto «pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces», que obviamente aplica a los cerdos que le pisotearán en el cap. LXVIII, y no a los toros que lo han hecho en el cap. LVIII, precedidos de «muchedumbre de hombres de a caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos».

Todo esto recuerda lo que sucede con otros episodios (en particular la aventura de los yangüeses y la estancia con los cabreros) de la primera parte del *Quijote*.¹⁹

16.- En (*) he suprimido «Y ya esa historia anda... de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie», frase que no concierne con la blandura del resto de la respuesta de don Quijote. Además, recuérdense sus otras opiniones antes del cap. LXX: « He hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión: la primera es algunas palabras que he leído en el prologo... No me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias... Él lo... confirmaba por todo necio, y... de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar... una sortija falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades... ir a Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba... el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores... pensé que ya estaba quemado... por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como a cada puerco».

17.- Un descabro menor y que —por muy cervantino— no sería reseñable de no suceder precisamente en el cap. LIX, es que: «Llegose la hora del cenar; recogieron a su estancia; preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar»; pero algo más adelante, acabada «la plática que Sancho tuvo con el ventero... Llegose... la hora del cenar, recogiose a su estancia don Quijote».

18.- La crítica siempre ha reparado en la escasa originalidad de un incidente tan parecido al ya relatado de la vacada del cap. LVIII. Véase la n. siguiente.

19.- Cervantes dejaba rastro de tales movimientos de texto. En efecto, al principio del cap. X, cuyo epígrafe anuncia equívocamente «el peligro en que se vio con una turba de yangüeses», los protagonistas se entran «por un bosque que allí junto estaba», y en el último párrafo del mismo cap. X se lee que «comieron los dos en buena paz y compañía... Subiéronse luego a caballo» (pero no se habían apeado); finalizado el entierro de Grisóstomo, al inicio del cap. XV, también se entran «por un bosque», alcanzando «un prado lleno de fresca yerba» en el que, curiosamente, también comen «en buena paz y

Creo, pues, que hay rastro en el texto y antecedentes en el autor como para formular la hipótesis de que Cervantes, por amenizar el viaje de retorno, movió de lugar la aventura de la resurrección de Altisidora, trasladándola donde ahora figura y justificándola por la intervención de Sansón Carrasco, que «informándose del paje que llevó la carta... a Teresa Panza» es acogido por los Duques tanto a la ida como a la vuelta de Barcelona. Al colocar la resurrección de Altisidora en su nuevo lugar, la respuesta de don Quijote hubo de ampliarse, pues ahora había de conocer la existencia del libro. Cervantes, más atento a adaptar al nuevo contexto la respuesta de don Quijote que a lo dicho por Altisidora, no se percataría del «aragonés», y si lo hizo no le dio importancia alguna: en algún lugar del texto Avellaneda ya habría recibido su merecido.

VII – La despreocupación de Don Quijote

La intención de Cervantes resulta clara: ha de reconocer la existencia del *Quijote* apócrifo, y no podría entenderse que no expresase su opinión sobre él; pero, pues esa opinión podría juzgarse interesada, recurre hábilmente a ponerla en boca de terceros (don Juan y don Jerónimo, los caballeros barceloneses que reciben a don Quijote en la playa, don Álvaro Tarfe, Benengeli...). El mismo protagonista (que tanto se inquietaba al inicio del cap. III por verse «en estampa») sólo se indigna en presencia del libro (al verlo por vez primera, al presenciar cómo se está estampando), y es quien lo califica de necio, obscuro y torpe, además de lamentar ciertas cosas del prólogo, y que habría de estar «quemado... por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como a cada puerco».

Esta despreocupación de don Quijote —y de Cervantes, en apariencia— se patentiza perfectamente al inicio del cap. LX, cuando acaba de tener en sus manos la continuación apócrifa:

Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales... le tomó la noche entre unas espesas encinas, o alcornoques... Apeáronse..., y... Sancho... se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño, pero don Quijote, a quien desvelaban sus imaginaciones..., no podía pegar sus ojos... Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina a la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín que le referían las... diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad... de Sancho, pues, a lo que creía, solos cinco azotes se había dado, número... pequeño para los infinitos que le faltaban.

Y también al inicio del cap. LXVII:

Si muchos pensamientos fatigaban a don Quijote antes de ser derribado, muchos más le fatigaron después de caído. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí, como moscas a la miel le acudían y picaban pensamientos: unos iban al desencanto de Dulcinea y otros a la vida que había de hacer en su forzosa retirada.

compañía»; y es aquí cuando verdaderamente «se topó don Quijote... con unos desalmados yangüeses», como indica el epígrafe de ese cap. La misma artimaña que con los toros y puercos de los caps. LVIII y LXVIII de la segunda parte.

Claro está que todo eso es pura fachada. Avellaneda produjo gran pesadumbre a Cervantes, por las descalificaciones del prólogo (literarias y personales), por los nuevos personajes que crea, por el nuevo tipo de aventuras en que los sitúa, por el correcto andamiaje de su libro, y quizá también por ciertas cosas que hay en él y que no detectaremos ni sabremos interpretar hasta haber desenmascarado al intruso. Inevitablemente, Cervantes oiría comentarios acerca del *Quijote* de Avellaneda y de su posible autor. Por tales chismes, por gestiones con el Arzobispado de Tarragona efectuadas por algún ayudante del cardenal Sandoval, por sus propias reflexiones (bien debía saber qué enemigos tenía), Cervantes alcanzó a saber o creyó saber algo sobre la naturaleza castellana del autor del *Quijote* de Avellaneda, algo en relación con las supercherías bibliográficas practicadas ocasionalmente por libreros e impresores. Y nos lo dijo, o, por mejor decir, se lo dijo a Avellaneda²⁰ en los episodios que trascurren en Barcelona.

VIII – No más «aragonés»

De haber sucedido lo que propongo —que es muy posible en Cervantes— no volverá a leerse «aragonés» en referencia a Avellaneda más allá de la llegada de don Quijote a Barcelona.

En cuanto a don Quijote, en el cap. LXXII coincide en una venta con don Álvaro Tarfe, nada menos, y aprovecha la ocasión para levantar la «información» a que se refería en la Dedicatoria al Conde de Lemos de sus *Comedias y entremeses*:²¹

—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno. —El mismo soy —respondió el caballero—, y el tal don Quijote... fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le... moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza... —Y dígame vuesa merced, señor don Álvaro: ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuesa merced dice? —No, por cierto —respondió el huésped—, en ninguna manera. —Y ese don Quijote —dijo el nuestro— ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza? —Sí traía —respondió don Álvaro—, y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. —Eso creo yo muy bien —dijo... Sancho—, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho... debe de ser algún *grandísimo bellaco, frión y ladrón* juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas;... el verdadero don Quijote de la Mancha... es este señor que está presente, que es mi amo... —¡Por Dios que lo creo! —respondió don Álvaro—...; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote *el bueno* han querido perseguirme a mí con don Quijote *el malo*... —Yo —dijo don Quijote— no sé si soy bueno, pero... no soy el malo. Para prueba de lo cual quiero que sepa... que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza... Finalmente,... yo soy don Quijote de

20.— Según lo advertido al lector en el prólogo: «Pues en verdad que no te he dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla».

21.— «Don Quijote queda calzadas las espuelas... para ir a besar los pies a V. E. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han... malparado; aunque... lleva información hecha de que no es el contenido en aquella historia, sino otro... que quiso ser él y no acertó a serlo».

la Mancha..., y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico... sea servido de hacer una declaración... de que... no me ha visto en todos los días de su vida..., y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte... —Eso haré yo de muy buena gana —respondió don Álvaro—... Entró acaso el alcalde del pueblo...,... pidió don Quijote... que don Álvaro Tarfe... declarase... como... no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente... la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse, con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras.

En las líneas finales del libro (cap. LXXIV) dice Cide Hamete a su pluma:

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él;... los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió... a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio. A quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar... a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer... salida nueva...; y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba.

Queda por ver qué dice Cervantes «al Conde de Lemos» (31 de octubre) y «al lector»:

...es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe, para quitar... la náusea que ha causado otro *don Quijote* que con nombre de *Segunda parte* se ha disfrazado y corrido por el orbe.

...debes de estar esperando ahora, lector illustre, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *don Quijote*, digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona..... la [afición] que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto..., encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares a conocerle, dile... que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del Demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede *componer y imprimir un libro* con que gane *tanta fama como dineros*...²² ¡Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?... ‘*Este es podenco; ¡guarda!*’ En efeto..., no soltó más el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer a este historiador, que no se atreverá a soltar más la presa de su ingenio en *libros* que, en siendo *malos*, son *más duros que las peñas*... «Dile también que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite... Viva el gran Conde de Lemos,... y... el ilustrísimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas. Como la virtud dé alguna luz de sí,... viene a ser

22.— Recuérdese lo que dice aquel autor en la imprenta barcelonesa: «provecho quiero, que sin él no vale un cuatrín la buena fama».

estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente, favorecida»²³... Esta segunda parte de don Quijote... es cortada del mismo artífice... que la primera, y... en ella te doy a don Quijote dilatado y, finalmente, muerto y sepultado.

IX – «Venganza de los ofendidos»

Acepto que mi proposición no dejará satisfechos a todos, en especial a los profundamente convencidos de que Avellaneda tuvo que ser aragonés porque así lo denunció el verdadero autor del *Quijote*, y menos aun a quienes creen haber desenmascarado a Avellaneda afianzándose en ello más que en cualquier otro aspecto del enigma; pero es una proposición plausible tratándose de Cervantes, y justifica que éste no se acordase de denunciarlo como «aragonés» en los momentos finales de la redacción.

Quiso Cervantes ubicar en Barcelona el filo de la navaja, y no sólo en sentido figurado aplicado a ese cambio de opinión: por Barcelona (junio de 1610) había dejado España el Conde de Lemos, Pedro Fernández de Castro, nuevo Virrey de Nápoles, acompañado de un séquito literario al que Cervantes y otros pugnaron por sumarse.²⁴ Uno de ellos, Cristóbal Suárez de Figueroa, natural de Valladolid, veinticuatro años más joven que Cervantes, Doctor en Derecho Civil y Canónico, traductor de italiano²⁵ y editor de sus libros,²⁶ llegó a perseguirle hasta aquella ciudad,²⁷ y se cree que también Cervantes: ¿son don Qui-

23.– Recuérdese la réplica de don Antonio Moreno al castellano reprimendón: «nosotros... no somos necios: la virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare». Cervantes parece querer mortificar a Avellaneda con el favor que recibe del Conde y del Cardenal.

24.– «Fueron rechazadas las pretensiones formuladas por Luis de Góngora, Cristóbal de Mesa, Cristóbal Suárez de Figueroa y... Cervantes... Cristóbal Suarez de Figueroa... en... su libro *El pasajero* (Madrid, 1617), cuenta... que, pretendiendo el favor del conde de Lemos, fue a Barcelona e intentó verlo..., pero «impidióme la entrada un eclesiástico...», evidente referencia a Bartolomé Leonardo de Argensola, rector de Villahermosa... «Hallé tan sitiado al Conde de ingeniosos, que le juzgué inaccesible...». Y Suárez de Figueroa se volvió «desde Barcelona a Madrid, sin hablar ni ver el rostro del que había sido principal motivo de aquel viaje» (*).... Cervantes debió de quedarse algún tiempo más..., por lo menos hasta el 24 de junio, festividad de San Juan, y tal vez hasta el 29 de julio, día del tumulto entre ciudadanos y marineros que sin duda le inspiró el episodio similar de *Las dos doncellas*, o incluso hasta setiembre, mes en cuyos días 16 y 19 las galeras de Cataluña hicieron importantes capturas de bajeles moros, muy similares a la que describe en el *Quijote*.» En nota (*): «*El Pasajero*... por el doctor Christóval Suárez de Figueroa, ed. de F. Rodríguez Marín, Madrid, 1913, pág. 284.» (Riquer, M. de. *Cervantes en Barcelona*. Barcelona: Sirmio, 1989: pp. 99-106).

25.– Hizo dos versiones (Nápoles, 1602; Valencia, 1609) de *Il pastor fido* de Guarini. La segunda quizá por acallar alguna crítica. Véase la octava II, 105 de su *España defendida* (Madrid, 1612): «quise traer la Musa al dulce canto; / con que orilla de Tajo se quejase / hice pastor nacido en Erimanto: / y aunque su ser la envidia molestase, / con vituperio suyo, pudo tanto, / que siempre resonante, siempre entera, / mi lira compitió con la extranjera».

26.– «Me reconozco a mi patria deudor de copiosa cortesía..., pues con el crecido interés que dellos [mis libros] ha resultado he podido entretenerme tantos años en sitio de tantas obligaciones como la Corte» (*Varias noticias*. Madrid, 1621).

27.– El libro que deseaba ofrecer al conde de Lemos sería un ejemplar de *La constante Amarilis* (Valencia, 1609), sólo que cambiado el primer pliego por otro con la nueva portada y un prólogo con pequeñas alteraciones (el «yo» se cambia por «el autor»). El Mecenas había sido el padrino de las recientes bodas de Juan Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y por entonces protector de Figueroa, con María de Cárdenas (*Menandro y Amarilis* en el poema). Sólo se conoce un ejemplar de esta *Amarilis* (Biblioteca del Palacio Real).

jote y aquel castellano reprimendón que va por lana y sale trasquilado? Además, está la manifiesta sátira de la imprenta. ¿Es todo eso la «venganza de los ofendidos»?²⁸

Y ya que estamos en el filo de la navaja, pasemos al otro lado. Léanse las octavas XIV, 25-32 del libro *España defendida*: ¿quién es el «curioso impertinente» que «con fingida humildad» muerde «sin reparar, a diestro y a siniestro», que guía «siempre al mal la lengua», que presume de ser un héroe y cuyas murmuraciones han impedido a otro²⁹ acompañar al «General» en su aventura, cuando por «la confianza de un secreto» ya creía tener el «sí propicio»? ¿Es casual que «Pero Fernández» escribiese un soneto para el *Quijote* apócrifo?

Que el asunto entre Cervantes y Avellaneda va de testimonios y venganzas queda también de manifiesto en el *Quijote* apócrifo, cuando don Quijote se encuentra con «un hombre alto y moreno..., con una varilla en la mano derecha y en la izquierda un libro», del cual opina que «aquel es mi mortal enemigo». Pero su interlocutor le tranquiliza: «Viva seguro de que... sólo tengo librados mis encantamientos para hacer mal a quien yo me sé». Y la comedia que lleva aquel «autor» tiene el sugerente título de «*El testimonio vengado*; en la cual un hijo levantó un testimonio a la reina..., instigado del demonio y agraviado de que le negase un caballo» (caps. XXVI y XXVII).

La solución del enigma de Avellaneda parece efectivamente encontrarse donde tiempo atrás, propuse:³⁰ en aquella Barcelona que don Quijote, paseó «a la llana y a pie», y precisamente en un local sobre cuya puerta está «escrito... con letras muy grandes: 'Aquí se imprimen libros'».

X – Conclusión

Cervantes y Figueroa mantenían una tensa rivalidad que alcanzó su máximo rigor con el asunto del Conde de Lemos. Por edad, por titulación, por experiencia, por conocimiento del país y de la lengua, Figueroa daba el perfil preciso para figurar en la lista de los elegidos y disfrutar de un empleo digno que no había podido obtener en España, pese a su méritos. Cervantes maniobró en contra de las pretensiones del vallisoletano, que quedó chasqueado en Barcelona, donde había acudido en un último intento de sumarse al séquito del Mecenaz.

El *Quijote* de Avellaneda fue, pues —era presumible—, la venganza de un escritor mucho más joven que el alcalaíno y que se la tenía jurada. Bien sabía Cervantes que le había dado bastante motivo para ello; también sabía Figueroa que se había excedido: el asunto —como turbio que era— quedó «de industria» entre ellos dos. Al rabioso ¡*Muérete!* del

28.– Si Cervantes influyó sobre el Conde de Lemos para que éste descabalgase de la lista a Figueroa, entonces el daño causado al vallisoletano superaría, con creces, al luego recibido con la continuación apócrifa, y explicaría que el alcalaíno —consciente de haber sido el primero en golpear tan fuerte— no se excediese tanto en la réplica que fuese manifiesta a los lectores.

29.– El autor, claro está: Cristóbal Suárez de Figueroa.

30.– En *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda* (Barcelona: Carena, 2004), actualizado en «Suárez de Figueroa y el *Quijote* de Avellaneda» (*Revista Electrónica Lemir*, num. 10, 2006), y también «Los 'sinónomos voluntarios': un reproche sin réplica posible» (*Revista Electrónica Lemir*, num. 10, 2006).

prólogo de su émulo replicó Cervantes con un despectivo *¡Fastídate!* —o expresión similar— y se regodeó situándole en Barcelona y recordándole aquel fracaso valiéndose de aquella «fina ironía cervantina». Y lo de «aragonés» ya no parece sincero, sino una cortina de humo, una calculadísima maniobra de Cervantes con más de una intención.

Barcelona, enero 2007

